

Patrióticas y Económicas, de colegios y academias, o memorias de establecimientos de toda condición se reúnen por vez primera en un repertorio.

Un tercer conjunto de escritos lo forman los numerosos documentos reseñados referidos a catálogos de libros de bibliotecas privadas y públicas, índices e inventarios, fundamentales que ayudan a conocer mejor la historia del libro y de la censura en el siglo XVIII. Y un último grupo es el constituido por los calendarios y almanaques, prontuarios y métodos, guías de caminos, proyectos de academias o de obras, diccionarios y gramáticas, incluidas todas las ediciones de la *Ortografía*, el *Diccionario* y la *Gramática* de la Real Academia Española. Finalmente se incluye un apartado de «Adiciones a los tomos anteriores». En él se completa la información contenida en volúmenes anteriores con referencias de obras dadas por pérdidas o localizadas o adquiridas por las bibliotecas con posterioridad. Como en los restantes volúmenes hay índice onomástico, de materias, topográfico y de impresores que facilita la consulta.

Se trata, por tanto, de un trabajo minucioso que pone fin a una obra digna de admiración y, sobre todo, de un merecidísimo agradecimiento. Estoy convencida de que nuestro conocimiento de la historia del siglo XVIII sería mucho menor sin la *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII* y sin la tenacidad de Aguilar Piñal. Sirvan, por tanto, estas líneas de reconocimiento a la obra y al autor.

M.<sup>a</sup> José Rodríguez Sánchez de León

MESTRE SANCHÍS, ANTONIO

*Humanistas, políticos e ilustrados*. Alicante: Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2002, 309 pp.

Desde que Antonio Mestre publicó en 1968 su primera obra sobre el ilustrado valenciano Gregorio Mayans y su pensamiento religioso, el autor ha invertido buena parte de su vida en el estudio de este personaje en distintas vertientes de la cultura, ampliando después el ámbito de sus estudios a la problemática global de la Ilustración española; de tal manera que sus aportaciones para el mejor conocimiento del siglo XVIII han sido tan fundamentales como, a su juicio, lo fue Mayans para su época.

En el presente libro el autor no pretende hacer un estudio global de la Ilustración española, sino examinar «la actitud de los hombres de letras del siglo XVIII respecto a la tradición humanista basada en los estudios clásicos». Partiendo del análisis de la decadencia de los *studia humanitatis* en el siglo XVII, en el capítulo segundo, utilizando como hilo conductor la vida y el interés por las lenguas clásicas del deán Martí a finales del siglo, pone de manifiesto el escaso interés que había en España por los estudios clásicos, hasta el punto que el deán vendió su rica biblioteca a un librero inglés al quedar ciego y temer «que sus libros fueran destinados a los usos más viles».

A pesar del dolor del deán por el escaso interés de los españoles por la cultura, los humanistas no se desanimaron, mantuvieron vivos sus ideales y lentamente hicieron oír su voz. Éste es el objeto del

capítulo tercero, en el que presenta a Mayans como el prototipo de la ofensiva humanista en el terreno filológico, de la cultura religiosa y pedagógica en la década de 1730, que prepara el cambio de mentalidad y hace posible que a mediados de siglo se consolide la convicción entre amplios grupos de hombres de letras de que el estudio de las lenguas clásicas era necesario para la reforma cultural.

La caída de Ensenada y la pérdida del confesionario regio por los Jesuitas abre una etapa de incertidumbre que termina con el predominio cultural que ejercían los Jesuitas desde la llegada de los Borbones y permite que los manteistas vayan adquiriendo protagonismo en los ámbitos humanistas, aunque fue Mayans, a juicio del autor, quien más contribuyó al desarrollo de los estudios humanistas en España y a su difusión en Europa, criticando la actitud de Feijoo por despreciar el estudio de los clásicos, como algo inútil y poco rentable.

Con la expulsión de los Jesuitas en 1767, a los que algunos ilustrados acusan de ser los causantes de la decadencia cultural que padece España, se ve posible llevar a cabo la reforma de los estudios para que las ciencias puedan volver a brillar con su antiguo esplendor. Pero algunos humanistas no lo tienen tan claro y afirman que «costará mucho llenar el vacío que han dejado los extrañados, principalmente en la gramática y letras humanas». Lo cierto es que, aunque el gobierno intenta hacer de la Corte un escaparate de los nuevos sistemas pedagógicos con la reorganización de los Reales Estudios de San Isidro, la reforma de los estudios, sobre todo la enseñanza de las lenguas clásicas en la Universidades, no mejoró mucho en contraste con el éxito conseguido en los Reales Estudios, que se proponía como modelo a imitar.

A pesar de la resistencia a la enseñanza de las lenguas clásicas, en concreto

del griego, que se registra en muchas universidades, su estudio no quedó limitado al ámbito universitario y surgieron una serie de hombres de letras interesados en su conocimiento y difusión. Los ilustrados continuaron los trabajos que venían realizándose desde la época de Fernando VI y la floración de estudios clásicos y de los grandes humanistas del siglo XVI fue general en toda la Península, con la formación de *Corpus* documentales, edición de clásicos y humanistas españoles, etc., a cuya tarea también contribuyeron los jesuitas españoles desterrados en Italia.

Finaliza la obra con un breve capítulo sobre «la política y el humanismo», en el que afirma que la política cultural española del siglo XVIII presenta una actitud centralizadora y un acusado regalismo, y que el gobierno no tuvo una política clara favorable a los estudios de las lenguas clásicas, ni tampoco respecto a los humanistas, a los que «utilizó para defender posturas favorables al regalismo y a la exaltación del poder centralizador, y nunca para proceder a una planificación general de los estudios clásicos».

En fin, estamos ante un libro de información densa, pero de ideas claras: la reivindicación de la modernidad de los ilustrados que habían sido cuestionados como tales por historiadores como Sánchez Blanco (*La mentalidad ilustrada*. Madrid, 1999) por su vinculación con la tradición humanista del siglo XVI, «porque con su mirada hacia el pasado constituyeron un obstáculo para el progreso del movimiento ilustrado». El libro es un alegato a favor de unos intelectuales independientes que no se plegaron al sistema cultural en el que dominaba la pedagogía jesuítica y el clientelismo político, y que concebían la cultura como un sistema de valores y no como plataforma de alineación política.

Maximiliano Barrio